

Una asamblea de borrachos en el Bowery

Elite, 1952-11-22.

El lector viene hoy conmigo a una reunión de alcoholizados. "The Christian Herald Bowery Mission" queda a unos pocos bloques de la Plaza de Cooper, entre las calles 2 y 3. El edificio es como todos los demás del Bowery: oscuro con relieves pesados, lleno de sombras. En la puerta hay colgado un globo de luz rojiza, y bajo el quicio un hombre de unos 40 años, bien vestido sonriente y obsequioso. Después supimos que se trataba de un alcoholizado regenerado ganándose la vida con un empleo de portero de cuadras más arriba. Colgado del muro a un lado de la puerta, un anuncio en letras de cartón fosforescente invitando a todos los alcoholizados a una reunión que tendrá lugar a las ocho.

Son cinco para las ocho de la noche, y el lector y yo decidimos observar la entrada por un rato. Debajo del anuncio hay otro ofreciendo servicio gratuito de fumigación, corte de pelo, afeitado y ducha en el sótano. Allí tienen instalado un pequeño Club para borrachos con Televisión, biblioteca y unos muebles limpios. Sirven a precios muy módicos: leche, tortas de manteca y cerezas, café y Alkazeltzer.

Pero al Club bajaremos después, con los "regenerados". Ahora vamos a ver quiénes acuden a la reunión.

Vienen uno a uno, con la cabeza gacha, con aire humilde y dan las buenas noches a media lengua. Después entran como a impulsos de un raro envión que les ayuda a disimular las "eses". Algunos empiezan a dar explicaciones cantinfleras y largas que el portero no escucha. Si se le reúnen dos, le pasa cariñosamente el brazo por encima del hombro al primero y se lo lleva dentro para despejar la puerta. Otros vienen limpios, sobrios, recién afeitados y saludan con miramiento al portero.

– Hallo, Bob.

Bob contesta con efusión. Hasta algunas veces anticipa el saludo:

– Hallo, Jimmy!...

El portero tiende la mano a Jimmy; un metro veinte, grueso con mechones de pelo sobre los ojos y las orejas. Las greñas le salen de debajo de un sombrero lleno de lamparones. Jimmy rechaza la ayuda rezongando y trata de salvar el peldaño de la puerta solo. Jimmy no tiene piernas. Los muñones de la rodilla descansan sobre una especie de cacerolas de cuero semejantes a los cascos del caballo. Ya consigue subir el peldaño a los pies del portero, cuando da marcha atrás, cayendo sobre una de sus piernas mutiladas con ruido extraño a tambor. Y suelta un manotazo al portero. Después corre un poco contoneándose como un pequeño monstruo, y se sienta en la mitad de la acera.

– Anda, Jimmy, entra...

Jimmy se quita el sombrero, lo pone entre sus muslos cortos y gruesos, se rasca la cabeza y habla solo, mirando a sus cascos de cuero. De vez en cuando levanta uno y lo

deja caer otra vez; da un puñetazo sobre la acera y se restriega los ojos. Tan pronto parece que está llorando como que se está riendo de sí mismo, mirando a la monstruosa configuración de sus piernas mutiladas.

Jimmy llegó a New York hace unos veinte años, nació en una pequeña estación de ferrocarril del Oeste. Su padre se ocupaba de despachar los pocos billetes del apeadero, revisar la línea en su distrito y cuidar de las luces de señales. Cuando ya Jimmy llegó a la edad de trabajar, su padre le encontró un puesto de guarda-agujas en New York. Hace diez años, una noche que estaba de servicio se le ocurrió revisar un dispositivo de cambio de líneas debajo de un tres de mercancías estacionado allí desde hacía unas horas. Estaba trabajando sentado con las piernas sobre el raíl, cuando el tren se movió un poco, apenas un metro. Eso es poco, más o menos lo que medían, puestas una tras otra las dos piernas mutiladas que quedaron sangrando al otro lado de la vía. Jimmy recibió un dinero de la Compañía, y una modesta pensión. Y aún sin acostumbrarse a mirar a la gente desde medio metro más abajo, no se sentía del todo infeliz.

Y se le ocurrió casarse. Se casó con Mary, la muchacha de servicio del hotel donde se hospedaba. Contra lo que dicen algunos, a Jimmy y a Mary no les fué mal al principio. Alquilaron una pequeña habitación en Brooklyn, acomodaron su casita como un nido y la cigüeña posó allí tres veces en tres años, Jimmy miraba emocionado a las piernas fuertes de sus tres hijos, y decía a su esposa que les dejaría hacer todo lo que quisieran menos ser empleados del ferrocarril.

Desgraciadamente, la plata de la indemnización se terminó, como se acaban las cosas buenas. Y el cariño de Mary, sostenido con muchos puntales de sentido práctico, se acabó también. La pensión apenas alcanzaba a pagar la casa y preparar el desayuno de jamón cocido. Mary empezó a agriarse, y los niños a llorar.

Por aquel entonces, se mudaron a un entresuelo oscuro de 10 dólares al mes, a dos bloques de Bowery. Mary echó a rodar la bola de nieve de la inutilidad de su marido y Jimmy a sentir un escozor raro en sus muñones. Pro entonces empezó también a sentir el temor de regresar a casa al anochecer, después de haber mirado inútilmente por un empleo. Poco a poco comenzó a quedarse hasta tarde en el fondo de los bares angostos y largos del Bowery alargando un trago.

Una de esas noches encontró la casa vacía a su regreso. Se acostó, pero no pudo dormir. Pasó un día entero y una noche y otro día, esperando el regreso de Mary y sus hijos. Cuando al fin salió a la calle y llegó al Bowery, estaba borracho sin haber bebido una gota. Desde entonces no ha salido de esta calle oscura. A veces pide un "nickel" para un café, pero no es un mendigo profesional. Revisa los cestos de basura de Bowery, ante el desprecio de los honestos profesionales de la busca. Presta también algún servicio de vigilancia sirviendo a negociantes de muchas pequeñas industrias, de robo y chantaje, y se "arrepiente" de vez en cuando en el "Christian Herald Bowery Mission", donde ha venido a parar esta noche. Para los que prometen regenerarse hay un pedazo de torta y un café caliente en el Club cada noche de reunión. Pero a Jimmy le dura la resolución lo que aguanta el calorcito suave del café en el cuerpo. Después se ríe de todo y vuelve a husmear por los bares. Hasta que se "arrepiente" otra vez, y vuelve a por el café y la torta del Club de los alcoholizados.

Esta noche hay una tormenta de odio, de asco por sí mismo, de vergüenza de volver otra vez. Estas explosiones de honradez de Jimmy que los misioneros del Bowery conocen y no dejan de insistir caritativamente.

No sé si Jimmy olió el olorcito suave de café caliente que salía de ventana del Club a ras de suelo, pero se acomodó despaciosamente el sombrero y se acercó humildemente a los pies del portero que antes golpeó de un manotazo. A su paso el portero le dió una palmada en la espalda:

– Entra, Jimmy, que te va a hacer bien.

Jimmy se paró, miró para arriba con ojos de arrepentido, medio escondido entre sus pelos sucios debajo de su sombrero:

– Gracias, Bob...

Y entró con ese andar torpe del que camina de rodillas.

* * *

La sala de reunión parece un pequeño teatro de barriada. Pero es más limpio, hay más luz y hay menos ruido. En el pequeño escenario, flanqueado por la bandera nacional y la de la institución, están sentados una docena de hombres y una mujer. La mujer está vestida con el uniforme azul con ribetes rojos del "Salvation Army". Los hombres, con ropas pobres, pero limpias. Su actitud rígida y un poco embarazosa se parece en algo a la de estos otros sentados en las hileras de sillas, del patio. Todos tienen un poco inclinada la cerviz y parecen que están rezando. Pero la pequeña tribuna con altavoz y el reclinatorio largo al pie del escenario separan dos categorías: los que siguen bebiendo, de los que dejaron de beber. El pequeño ejército que capitanea la mujer de uniforme constituye el rescate precioso de una obra de regeneración larga, costosa; mientras que estos candidatos a una taza de café caliente y un pedazo de torta simbolizan el mundo indeciso de los que no se sienten lo bastante fuertes, para dar el salto, y los que piensan que un salto: ¿para qué? Pero tenerlos reunidos aquí, mirándose en el espejo de los que han conseguido vestirse de limpio, afeitarse y sentar en el estrado, ya es algo. Estos doscientos hombres están en un peldaño más alto que los miles de alcoholizados sin ningún asidero de esperanza, que deambulan por el Bowery en pos de un trago.

Es verdad que muchos de ellos están completamente borrachos, algunos no vienen más que a echarse un sueñecito, otros a descansar un rato, y hasta algunos a protestar por el café y la torta a mitad de sesión. Pero hay que tener en cuenta que se trata de una reunión de alcoholizados, de borrachos completamente degenerados, y los organizadores no pueden exigir corbatín y cuello duro a su auditorio. El simple hecho de tenerlos reunidos aquí ya constituye una victoria.

Los borrachos son puntuales. A las ocho y tres minutos empieza a hablar el primer orador. En este mismo instante ha empezado a roncar mi vecino de asiento: un hércules con tres días de barba y amarillo como un melón demasiado maduro. El que habla es un hombre de unos 50 años, menudo, vestido con un traje raído, pero limpio. Cuenta la historia de su regeneración y arenga al auditorio prometiéndole una vida nueva por el camino de la regeneración, Jesús y la Sagrada Biblia son el símbolo del rescate maravilloso.

Allí saltó uno, al fondo, gritando que a él no le daba más gana que leer el capítulo que habla de Noé. Le sacaron a la calle, por supuesto.

Pero lo que al lector y a mí interesa ahora más es el auditorio. En la primera fila, junto a Jimmy, descubrimos a una mujer. Es la única entre este par de cientos de hombres. Tendrá unos cuarenta años, las greñas cenicientas, cubierta hasta el cuello con un abrigo negro y bastante limpio. Aquella cabeza tiene algo de bruja de aquelarre. Así es como se le ve por detrás. Entre el mar de cabezas amarillas, rojas, negras y blancas, hay tres peinadas. Es fácil adivinar cuáles están dormidas, porque están reclinadas sobre una mano, contra el respaldo o sobre el pecho, como si hubieran sido cortadas de un tajo. Algunos tienen la boca abierta, enseñando islas de dientes negros, las caras morado-blancuzcas con barbas de varias noches largas. Hay algunas cabezas inquietas, que se mueven con "tic-tac" nervioso a compás de comentarios a hurtadillas a media voz. Otros están pendientes de la palabra insistente del orador. Estos hombres están escuchando más o menos su propia historia. Habla de familias abandonadas, de las esperanzas que alentaron todos en la niñez, de la vida desgraciada del borracho. Más que de razonar, se trata de llegar al corazón de estos desgraciados. Algunos se conmueven y empiezan a llorar.

Pero uno no sabe nunca si se trata de lágrimas de arrepentido o de lágrimas enfermas de borracho, o aún de pícaro que quiere conseguir un café caliente a fuerza de teatro.

Hay miradas listas y maliciosas en esta reunión. Estos profesionales de la busca conocen un sin fin de tretas para ir sosteniendo esta vida difícil de los que viven de la caridad ajena. Hay cicatrices que guiñan maliciosamente entre pelos sucios; verrugas moradas como lápices en los cuellos arrugados y sucios, sospechas de enfermedad de muerte en las facciones hinchadas y amoratadas de la cara.

Estas hileras de cabezas revueltas y sucias recuerdan a uno los grupos desgraciados de perros enfermos que esperan la muerte en las perreras municipales.

A pesar de que el orador está haciendo esfuerzos desesperados para llegar al corazón del auditorio, ya la mitad de los asistentes están dormidos. Varios roncan como benditos.

– Cierren los ojos y recen –dice para terminar.

Los que los tienen abiertos bajan la cabeza. Hay algunos que realmente parecen sinceros. Otros se cruzan miradas maliciosas casi a ras de suelo. Hay uno que empieza a protestar por el café. Sus compañeros casi le dejan sin aliento a codazos. El borracho es inhumano con otro borracho. Lo he podido comprobar en varias ocasiones en el Bowery. Pero en estos codazos de bruto hay además el gesto malicioso del que reprime el chivatazo. Al que ha pedido café le sacan fuera. Algunos se han despertado con el alboroto y se ponen a rezar también.

– Que levanten el brazo los que tienen el deseo sincero de arrepentirse.

Se levantan diez brazos casi de una vez. Miro donde está Jimmy. El no ha levantado el brazo. La mujer que está al lado tampoco. Poco a poco van emergiendo más manos sucias con gesto tímido. Yo no creo que los diez primeros sean los más sinceros. Mientras les alienta el orador, los borrachos se cruzan miradas sospechosas entre

vecinos de asiento. Hay algunos que definitivamente no van a regenerarse esta noche, y miran con gesto de desafío a los del saludo.

– ¡Fascistas! –grita uno al que ha levantado el brazo a su lado.

– Y tú qué... ¡un comunista!

Y al "comunista" le sacan a la calle.

El grandote que queda a mi lado todavía está dormido. Su otro compañero de asiento le da un codazo:

– ¡Café!...

El grandote levanta el brazo derecho como a impulsos de un resorte, se restrega los ojos con la izquierda y me mira como diciendo:

– ¿Qué, hermano, no quieres tomar café?

Pero ya están caminando todos hacia el reclinatorio. Algunos balanceándose, otros un poco más tiesos, avanzan por el centro para arrodillarse delante de una especie de comulgatorio. Suman casi cincuenta. Parecen muchos convencidos para un solo discurso. Pero ahí van camino de una taza de café. No veo a Jimmy, pero su asiento está vacío. El, como vive arrodillado, en signo de humildad se habrá sentado. La mujer todavía está allá.

– Tienen que ser muy sinceros, si no, se están engañando a sí mismos... –dice la mujer con el uniforme de la "Salvation Army" que dirige ahora la ceremonia. Más bien la chispita de luz que aun arde en estos borrachos debe andar alumbrando el camino de engañar a los demás. Pero habrá algunos sinceros. Esos que presiden el acto sentados en el escenario son una prueba.

– No sólo queremos aquí a los alcoholizados, sino a cualquiera que necesite de Dios.

La buena mujer no dijo nada de los que sólo querían un café caliente con torta de manzana, pero muchos iban a conseguirse lo único caliente que iban a tomar antes de echarse en un banco del parque o acostarse en un portal.

Y ahora viene el himno. Hay borrachos que se saben con tresillos y todo. Esto, desde luego, no lo han aprendido en el bar, y llevarán seguramente algún tiempo en filas de "arrepentidos". El pianista acompaña con acordes de equilibrios raros. Los que cantan mejor son los "arrepentidos" de primera fila. Los que han quedado atrás no tienen por qué cantar. Mi vecino de asiento parece un colegial cantando a todo pulmón cerca de la bandera. Por lo menos tiene el valor de ganarse un café con valentía. Es más triste mirar a estos espectadores silenciosos descansando sus cabezas sobre una mano que tiembla. A la sangre que corre por esas venas se le ha escapado hasta la fuerza de mentir por necesidad.

Todos los nuevos arrepentidos, arrodillados en el reclinatorio, reciben una palabra de consuelo y de aliento de los que están sentados en el escenario. Unas palmadas en la espalda, y unas palabras al oído. Es una escena emocionante. Hay algo tierno en ese gesto del que ha dejado de beber y la humildad de un hombre que se arrodilla ante otro considerando la pobreza de su estado. Aunque no sea más que por necesidad de un café caliente. A varios de estos borrachos les conducen a su asiento otra vez, a pesar de sus protestas. Tendrán su café, pero no están lo bastante despejados como para creer en su decisión de dejar de beber. Uno de los "arrepentidos" está pidiendo la palabra varias veces, hasta que se cansa de hacerlo con humildad y grita. Por fin le hacen caso, pero es

para agarrarle del brazo y sacarle a la calle. Algunos de los que han guardado seriamente su dignidad de borrachos protestan por esa "falta de humanidad" y salen por su propio pie, con una seriedad realmente cómica.

–Que pasen al Club todos los que se han convertido hoy!... Ser sinceros; algunos se olvidan después. Y ya os he dicho más de una vez: el que encuentra el camino de la botella, puede encontrar el del agua para lavarse!... A ver si venís limpios y arreglados la próxima vez.

Mientras habla la mujer de "Salvation", los "arrepentidos" de una noche desfilan hacia el sótano con ojos inexpresivos y gesto regocijado. Qué pensarán estos borrachos impenitentes de todo eso...

Ahí viene también Jimmy. También se ha arrepentido hoy. Pero va triste, siguiendo a la fila con dificultad, con el ala de su sombrero sucio echado sobre sus ojos.

Los demás toman la puerta ancha de la calle. La escalera que conduce al Club es estrecha y con muchas curvas. En cada descansillo se ha apostado uno de los regenerados para ayudar a sus nuevos compañeros de esta noche. Esto es necesario para evitar aporreos. Así que los borrachos van de mano en mano, entre frases de aliento, a por el café.

El local del Club es bastante más amplio. Está limpio y bien alumbrado. Hay televisión, una pequeña biblioteca y un mostrador. A todo lo largo de la pared, una balda pintada de blanco a la altura del hombro. Ya el café y la torta están servidos. Los arrepentidos se ponen en fila mirando hacia la pared y empiezan a comer y tomarse su cafecito caliente silenciosos, calculando que han salvado el día.

Y acaso alguno de éstos puedan sentir bastante asco por sí mismo como para decidirse a dar el salto hasta el escenario y dejar esa vida triste atada a la cadena de una borrachera sin fin.